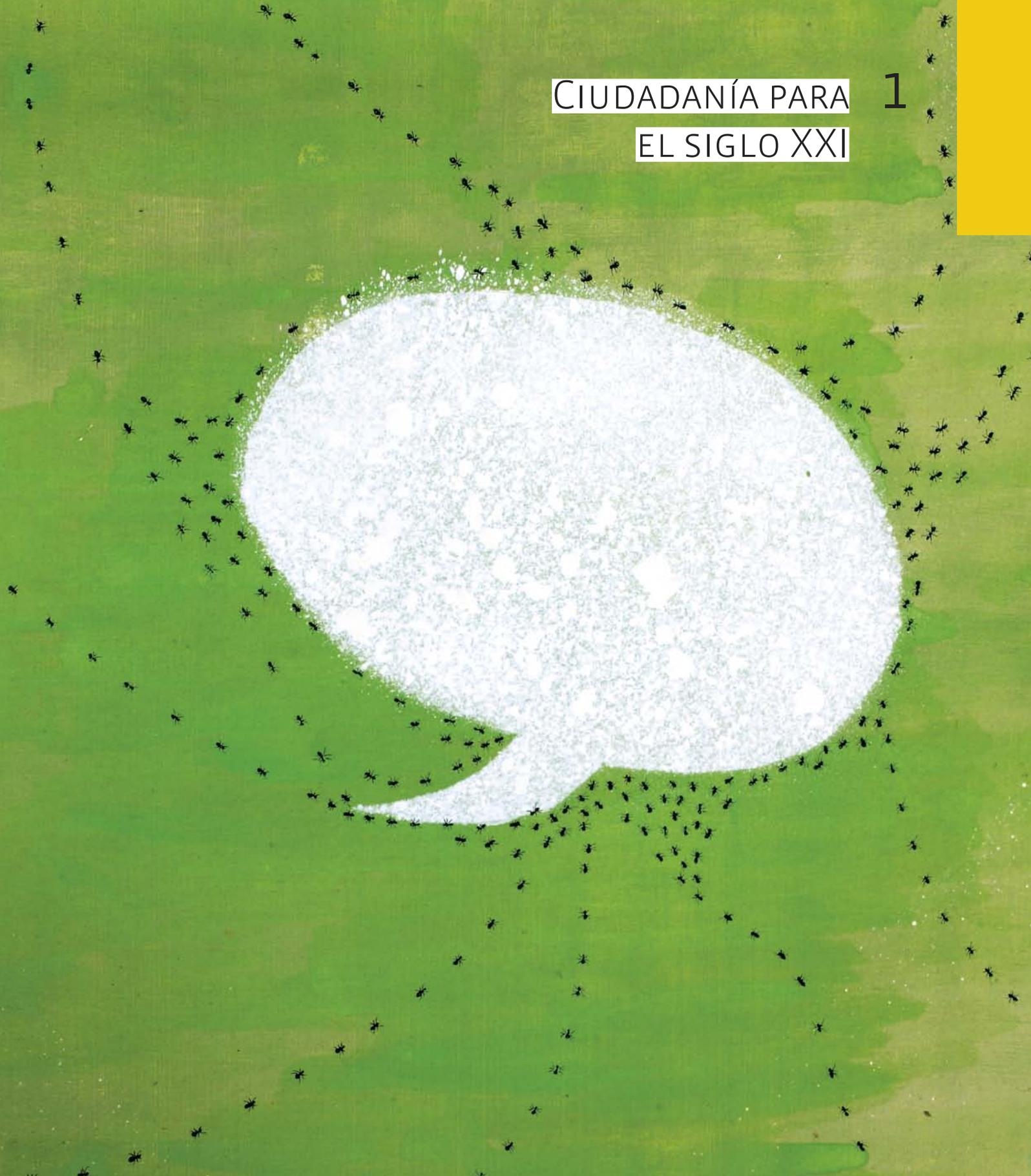


CIUDADANÍA PARA 1 EL SIGLO XXI



En la actualidad, toda reflexión sobre la ciudadanía tendrá que atender también a las enormes transformaciones que están teniendo lugar en el mundo, al carácter global de las tendencias. De igual modo, resulta imposible abordarla hoy sin tener en cuenta la naturaleza ecosocial de la crisis en la que actualmente están inmersas las sociedades humanas. Es decir, es una crisis ecológica y social, lo cual expresa que el modelo socioeconómico hegemónico a nivel global impone constricciones tanto al medio físico y natural, como contradicciones y desigualdades al medio social, y que ambas están interconectadas. Este contexto plantea retos también para la política, tanto desde el plano institucional como desde la acción colectiva orientada a la transformación del estado de las cosas.

Podemos decir que la humanidad en su conjunto se ve afectada por estas dinámicas. En otras palabras, «la humanidad convertida en prójima se ve representada por un “nosotros global” que, aun cuando se expresa mediante diversas culturas y se encuentra atravesada y escindida por múltiples desigualdades socioeconómicas, reclama una respuesta a los desafíos que le plantea un contexto histórico de convergencia de crisis en diferentes planos (el económico, el financiero, el energético o el alimentario)».¹

En la actual crisis se combinan por lo tanto la desigualdad y la exclusión de un número cada vez mayor de personas y el deterioro ecológico. No son pocos los análisis expertos que ven en ambos rasgos el origen de los conflictos del presente y del futuro.

EL CONTEXTO ECONÓMICO GLOBAL

Como veremos, la historia de la humanidad ha estado atravesada por la desigualdad y el conflicto. Ahora bien, si dicha desigualdad y conflicto tienen su origen en una determinada manera de organización económica y social, también es cierto que la forma que han ido adoptando ha variado en el proceso histórico. Nos detendremos ahora en algunas de las características del contexto actual.

El proceso de globalización ha implicado transformaciones económicas de gran magnitud, que han producido desigualdades a escala internacional (y a escala nacional) así como el desarrollo de las comunicaciones y de las nuevas tecnologías.

Los antecedentes de este contexto hay que buscarlos en las tendencias que abrió el nuevo ciclo económico a partir de la década de los años setenta del siglo XX y que supuso una ruptura con el ciclo anterior. Si aquel (siempre en Occidente) fue de crecimiento económico, de cifras cercanas al pleno empleo, de la conquista de determinados derechos sociales y laborales y un cierto consenso entre capital y trabajo, bajo el paraguas de lo que conocemos como el Estado de bienestar, a partir de esa década se inicia un momento de fractura del modelo provocada por la puesta en práctica de políticas económicas neoliberales que trajeron la internacionalización de la producción y de los mercados y la deslocalización industrial, en la

1. S. Álvarez Cantalapiedra, «Introducción. Aprender a convivir en tiempos críticos» en *Convivir para perdurar. Conflictos ecosociales y sabidurías ecológicas*, Icaria, Barcelona, 2011, p. 9.

búsqueda por parte de las empresas de nuevos mercados de bienes y servicios, vinculándose también a una red global de los segmentos más rentables de cada país. Todas ellas han producido la exportación tanto de capitales como de empleos, proceso que, unido al desarrollo tecnológico, ha provocado que disminuyera la necesidad de mano de obra. El desempleo de larga duración se ha convertido en un elemento estructural, el sector industrial ha decrecido y han aumentado el de servicios y el tecnológico. En el ámbito laboral, esto ha conllevado una mayor flexibilidad del trabajo y un aumento de la economía informal.

Algunos autores,² consideran que se produce una competencia entre territorios por poseer el mejor modelo de desarrollo económico o el mejor clima para los negocios. Según esta lógica, el neoliberalismo se ha basado en un mecanismo de desarrollo geográfico desigual. Los Estados o regiones más prósperos presionan al resto para que sigan sus pasos en el proceso de acumulación de capital. Durante la década de 1980 y 1990 se produjeron cuatro procesos en este sentido. En primer lugar, los mercados financieros experimentaron una poderosa ola de innovación y de desregulación a escala internacional. Segundo, se produjo una movilidad geográfica creciente del capital (rápida reducción de los costes de los transportes y las comunicaciones; reducción gradual de las fronteras artificiales a la circulación del capital y de las mercancías). En tercer lugar, el complejo entre Wall Street, el FMI y el Departamento del Tesoro estadounidense dominó la política económica durante años y logró imponer a muchos Estados de los países en vías de desarrollo el rumbo del neoliberalismo. Y cuarto, la difusión global de una ortodoxia económica neoliberal ejerció una potente influencia ideológica.

Con respecto al marco regulador de estas relaciones económicas, han surgido instituciones internacionales para dirigir las áreas de actividad transnacional, lo cual ha supuesto un cambio en la estructura de la toma de decisiones de la política mundial. En paralelo, el desarrollo del derecho internacional ha sometido a individuos, gobiernos y organizaciones no gubernamentales a nuevos sistemas de regulación legal.

Estos párrafos introductorios pretenden dar una dimensión geográfica, o de escala, a la desigualdad. El desigual desarrollo geográfico sirve para explicar, por ejemplo, lo que entendemos por transnacionalización de las migraciones. Y la competencia entre países o regiones por la acumulación de capital explica el origen de los conflictos que se derivan de la apropiación de recursos naturales en numerosos países.

A continuación veremos, a grandes rasgos, algunas de las principales tendencias globales actuales con respecto a la relación entre la territorialidad del Estado-nación y la economía global y su influencia también en la configuración de la pertenencia y la identidad y la noción de ciudadanía, así como el impacto que tiene el modelo socioeconómico descrito sobre el medio ecológico; la relevancia, causas y características de las migraciones transnacionales; la feminización de las mismas así como de la pobreza; y el concepto de la ciudadanía en lo que algunas autoras, como Saskia Sassen, han denominado las ciudades globales, como epicentros de dinámicas nuevas e interrelacionadas.

2 D. Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2009.

LAS GRANDES TENDENCIAS MUNDIALES ACTUALES

Crisis ecológica y social

Estamos ante una crisis ecológica de gran magnitud, fruto de la interconexión de una serie de cuestiones relacionadas con los procesos socioeconómicos. Como señala Yayo Herrero, la solución radica en ajustar con criterios de equidad los sistemas socioeconómicos a las capacidades de la naturaleza. La autora destaca cuatro grandes tendencias globales:

«**Un calentamiento global, cuyo efecto más divulgado es el cambio climático.** Éste está provocado por un aumento enorme y rapidísimo de la presencia de gases de efecto invernadero en la atmósfera. El cambio climático supone la alteración de las reglas del juego con las que interactúan el mundo físico y el mundo vivo. La subida media de la temperatura está desencadenando un proceso de cambio en cadena que afecta a los regímenes de lluvias, a los vientos, a la producción de las cosechas [...] a la reproducción de multitud de especies vegetales y animales, etc.

Agotamiento de los recursos naturales. Nos encontramos ante el “pico del petróleo”, es decir, ese momento en el cual se ha llegado al momento de extracción máxima. Una vez alcanzado este pico, la extracción comenzaría a declinar. Cada vez se va agrandando más la brecha entre una demanda creciente y unas reservas que se agotan y cuya dificultad y coste de extracción aumenta. Hoy día no existe ninguna alternativa limpia viable que dé respuesta a las exigencias de un modelo urbano-agro-industrial, sumamente energívoro.

Pérdida de biodiversidad, que constituye una especie de “seguro de vida para la vida”. Esta pérdida de biodiversidad se acompaña también de una pérdida de diversidad cultural. La globalización aniquila rápidamente la enorme variedad de comportamientos culturales que la humanidad creó a lo largo de su evolución. La arquitectura vernácula, por ejemplo, aún mantiene un conocimiento que permite calentarse en invierno y refrescarse en verano sin gasto de energía fósil, sin embargo, este tipo de saberes desaparece rápidamente, sin que muchas veces las personas sean conscientes de la gravedad de esta pérdida.

Un entorno social profundamente desigual. El mundo se encuentra polarizado entre un Norte rico y consumista y un Sur empobrecido y con dificultades de acceso a los recursos básicos. Según el Informe sobre Desarrollo Humano 2005, 18 países con 460 millones de personas han empeorado su situación con respecto a 1990. En 40% de la población mundial sólo cuenta con el 5% de los ingresos, mientras que el 10% más rico acapara el 54%».³

3 Y. Herrero, «Crisis ecológica. Aprender a vivir pisando ligeramente sobre la Tierra», Jornadas Feministas Estatales, Granada, diciembre 2009 [disponible en: www.feministas.org].

Estas tendencias provocan conflictos de dimensión socioecológica (son conflictos sociales, derivados de la crisis energética, el cambio climático e injusticia ambiental, la crisis alimentaria y la crisis económica) y tienen un evidente impacto en los derechos de las ciudadanas y los ciudadanos.

El Estado en el mundo globalizado

Las articulaciones entre el Estado y la economía han cambiado en el contexto de la globalización de las relaciones económicas (el sistema real de producción, distribución e intercambio). Esta ha supuesto una limitación, o redefinición, del poder o ámbito de las autoridades políticas nacionales, es decir, de la autoridad formal del Estado para intervenir y dirigir sus economías en el contexto de un sistema internacional de división del trabajo y monetario. Es imposible ya interpretar las transformaciones locales sin su relación con tendencias más generales.

En el actual contexto de la economía global –y que implica un dominio cada vez mayor de la desregulación, la privatización y la creciente autoridad de los actores extraestatales– puede decirse que el Estado juega un papel ambivalente. Por un lado, pierde el control sobre determinadas instancias y por otro juega un papel fundamental como espacio institucional para la implementación de los nuevos regímenes asociados a la globalización económica. En la actualidad, esta tendencia ha desembocado en una consolidación del poder y la legitimidad de las autoridades estatales privatizadas y desnacionalizadas. Este orden espacio-temporal contribuye a reforzar las ventajas de ciertos actores económicos y políticos, y a debilitar las de otros.⁴

Las transformaciones del Estado nacional tienen, como es lógico, un impacto sobre la noción de ciudadanía. En la actualidad, una de las dinámicas más observadas en relación a esta es la distancia cada vez mayor entre las ciudadanas y ciudadanos y el Estado. Cabe esperar la emergencia de nuevas formalizaciones de los derechos y del estatus de ciudadanía; algunas teorías apuntan ya incluso a concebirla como institución parcialmente desnacionalizada o en proceso de desnacionalización, e incluso hay corrientes que centran sus análisis en su dimensión transnacional en el sentido de que surgen nuevas formas de transnacionalización política en el marco de la globalización (migraciones, derechos humanos, ecologismo, feminismo).

Como hemos visto a lo largo de la introducción, y como veremos en los sucesivos capítulos de la guía, la ciudadanía legal no siempre conlleva la igualdad y plenitud de los derechos de pertenencia, porque estos con frecuencia se ven condicionados por la posición de diferentes grupos también dentro del Estado-nación. Por tanto, surgen nuevos sujetos políticos alejados del sujeto formal (según la definición que vincula los derechos de ciudadanía a, por ejemplo, el ejercicio del voto o el disfrute de un contrato laboral). En nuestras grandes ciudades emergen multiplicidad de sujetos políticos “informales”.

Globalización y género. Feminización de la pobreza y de las migraciones

La misma autora destaca cómo el origen de los actuales movimientos migratorios, sin precedentes, tienen su origen en el deterioro de los territorios que habitaba una buena parte

⁴ S. Sassen, *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*, Buenos Aires, Katz, 2010, p. 340.

de los pueblos del Sur y de sus condiciones básicas de existencia. Muchos pueblos han sido desposeídos de su derecho a permanecer en ellos y se ven obligados a seguir la misma ruta que siguen las materias primas y los frutos de los monocultivos que se extraen de los lugares donde antes vivían.

Las mujeres encargadas en una buena parte del planeta de las tareas que garantizan la subsistencia sufren la crisis en mayor medida. Tienen más dificultades para acceder a los recursos básicos; las tareas de crianza o cuidados se llevan a cabo con mayores dificultades; sufren en sus cuerpos la violencia de los conflictos bélicos, que en muchos casos esconden luchas por la apropiación de los recursos, y en sus vidas la violencia estructural de la pobreza, la explotación laboral y sexual.⁵

Con respecto a los países denominados ricos, los actuales ajustes económicos también están teniendo un mayor impacto sobre la población femenina. Las mujeres a menudo se incorporan al mercado laboral por la puerta de atrás, en un intento por paliar el déficit de ingresos familiar, ya sea a través de puestos peor cualificados y remunerados en los sectores del empleo formal, como a través del empleo informal.

A menudo, los análisis de la globalización se centran en aspectos económicos, financieros y de relaciones internacionales, desatendiendo dinámicas relacionadas con la desigual distribución de la riqueza o los problemas interétnicos. Sin embargo, son numerosos ya a día de hoy los estudios que destacan un rasgo del actual contexto: la feminización de la pobreza.

A nivel global, destaca el desigual acceso a los recursos productivos y la escasa participación de las mujeres en las instituciones sociales y políticas. Existen pautas generalizadas de un restrictivo acceso a la propiedad, a la educación, a la salud, de bajos ingresos y consumo, de limitadas oportunidades sociales, políticas y laborales. Con la expresión «feminización de la pobreza» aludimos a la «envergadura y los contenidos inherentes a los estados de vulnerabilidad y privación que son específicos de las mujeres».⁶

Las situaciones de pobreza, exclusión, falta de opciones, de acceso a los recursos y de violencia obstaculizan la capacidad para demandar derechos. Estas dinámicas son la causa de que haya una alta presencia de mujeres en las migraciones a escala internacional con unas características específicas desde una perspectiva de género.

«Otro de los rasgos distintivos de las migraciones actuales es su paulatino proceso de feminización. La creciente presencia de mujeres en las corrientes migratorias internacionales se vincula con la feminización de la pobreza y de la fuerza de trabajo. El empleo de las mujeres en la industria de trabajo intensivo y en el sector servicios es un aspecto clave de las transformaciones en la producción y el comercio globales. En este sentido, las migraciones Sur-Norte pueden ser interpretadas como una estrategia de resistencia de familias y poblaciones a las

5 Y. Herrero, «Crisis ecológica. Aprender a vivir pisando ligeramente sobre la Tierra», Jornadas Feministas Estatales, Granada, diciembre 2009 [disponible en: www.feministas.org].

6 G. M. Valle Rodríguez, «Feminización de la pobreza y la migración en el contexto de la globalización», *Revista Electrónica Zacatecana sobre Población y Sociedad*, núm. 28, abril-junio 2006.

condiciones de empobrecimiento y desigualdad creciente, resultado de los modelos de desarrollo implantados en las últimas décadas».⁷

Otra de las pautas observables en este sentido es que los países de la periferia proveen la exportación de trabajadoras domésticas y cuidadoras para hacerse cargo del trabajo reproductivo en los países del centro. En Occidente se han producido cambios socioeconómicos y culturales profundos que han transformado el modelo familiar; a la vez, las mujeres nos hemos incorporado al mercado de trabajo, tenemos menos hijos y nuestras poblaciones envejecen. Se está produciendo, además, una progresiva privatización de los servicios públicos que enmarca las soluciones para la atención a la dependencia y al cuidado de los hijos en el ámbito privado del hogar a través de la externalización y mercantilización de gran parte del trabajo que antes se hacía gratuitamente en los hogares.

Por tanto, existe una demanda de cuidados por parte de determinados países y una provisión de los mismos por parte de otros que podemos entender desde una lógica de desigualdad social y económica que afecta a la división internacional del trabajo.

Desde la economía feminista y desde el ecofeminismo, se ha denominado a esta tendencia crisis de los cuidados y cadenas globales de cuidados. Detrás de esa tensión se producen procesos tanto globales como locales que implican desiguales relaciones de poder y de explotación –de género, de etnia, de clase, de país de procedencia–, que están interconectadas.⁸

Ciudades globales

Otra de las tendencias observables es la creciente relevancia de una red de determinadas ciudades a nivel global en las que se concentra buena parte de los aspectos organizativos y directivos de la economía global, así como la afluencia de flujos migratorios. Las ciudades globales pueden entenderse como un espacio en el que se internalizan las dinámicas globales y donde se están modificando los ordenamientos sociales previamente existentes. Dicho proceso evidencia claras dinámicas de desigualdad o polarización social, ya que las grandes metrópolis albergan en la parte alta de la pirámide, a los directivos vinculados a los flujos internacionales del capital financiero, y en la base de la misma a sectores cada vez más amplios de la población en clara situación de desventaja. Dada la confluencia de todos estos procesos, constituyen espacios propicios para que surjan nuevas prácticas ciudadanas y nuevos sujetos políticos, no siempre totalmente formalizados, como veíamos, algunos de los cuales desarrollan sus propias estrategias y sus propias subjetividades. Tal es el caso por ejemplo de colectividades

7 S. Gil Araújo, «Cartografías migratorias: migraciones internacionales en el marco de las relaciones Norte-Sur», *La migración, un camino entre el desarrollo y la cooperación*, CIP-FUHEM, Madrid, 2005.

8 A. Pérez Orozco, «Cadenas globales de cuidados: ¿desvelando la agenda oculta del desarrollo?», UN-INSTRAW, publicado en *Boletín Andinomigrante, Sistema de Información sobre Migraciones Andinas-SIMA*, www.flacsoandes.org.

no incluidas en el concepto moderno de ciudadanía nacional, como determinados grupos feministas, inmigrantes y minorías.⁹

Dilemas en torno a las identidades

Entre las características de la ciudad global que hemos visto, también podríamos destacar «una suerte de clonación de estructuras institucionales y sociales (transfronterizas) que acaban por producir fenómenos idénticos a escala global».¹⁰ Con esta afirmación, el autor se refiere a que parecen repetirse algunas pautas tales como una cierta homogeneización (por ejemplo, de estilos de vida), o características compartidas de la marginalización y la exclusión social, y pautas similares de desigual distribución del bienestar y del acceso a los medios, que conviven con pautas de heterogeneización e hibridación, intercambio, interconectividad y una nueva percepción de la cultura (que ya no sería una suma de identidades aisladas ni la síntesis de una naturaleza universal, sino una construcción bastante individual de identidades transversales).¹¹ Ser sujeto hoy significa también ser capaz de actuar en medio de una pluralización sociocultural que se evidencia en multiplicidad de estilos de vida.

Cabe, sin embargo, también hacer una lectura crítica de este proceso, es decir, problematizarlo, e interpretar las identidades también en función de los elementos que plantea nuestra estructura social, es decir, una estructura de clases, de división del trabajo y de luchas políticas. En otras palabras, trascender una lectura exclusivamente cultural de la identidad que obvia las desigualdades sociales.

En las últimas décadas hemos asistido a un proceso de individualización y fragmentación social que no puede entenderse sin enmarcarlo en el contexto más amplio de las transformaciones socioeconómicas que ya hemos comentado. Como resultado de ellas se han debilitado los marcos institucionales colectivos y desarticulado la acción colectiva. Algunos autores aluden incluso a la actual creciente desinstitucionalización (que incluye desde la ausencia de redes relacionadas con la familia, con el trabajo, hasta la educación o las instituciones públicas de protección social). La posición ocupada en la estructura social determina el acceso, la cantidad y calidad de los recursos tanto materiales como culturales y expresivos. El proceso de individualización, en este sentido, dependerá de las trayectorias sociales para ser positivo puesto que para amplias capas de la población la falta de recursos, redes y soportes colectivos puede resultar profundamente negativo.

Hasta aquí hemos hecho un recorrido muy conciso por algunas de las posibles tendencias de nuestras sociedades occidentales insertas en dinámicas de carácter global. Damos paso ahora a los cuatro capítulos centrales de la guía.

9 S. Sassen, *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*, Buenos Aires, Katz, 2010, p. 400.

10 D. Bermejo, «Identidad, globalidad y pluralidad en la condición posmoderna» en *La identidad en sociedades plurales*, Anthropos, Madrid, 2011, p. 25.

11 *Ibidem*, pp. 25-26.